

Cultura, literatura y arte

Cuento

Gracias, reloj


*Saúl Martínez Serrano**

Estaba perdido en su reflejo dentro de la taza de café, como si fuera una ventana al pasado para recordar una vida, que ya no era, o una al futuro que no dejaba de escribirse igual que un libro abierto, sin embargo, el suyo tenía las páginas contadas. Tenía cáncer. El mes pasado había confrontado a su hijo, Franco, por no haber tenido el valor de confesárselo por orden del médico. *¡Tal vez seré un viejo enfermo de cáncer, pero no soy un niño al que debes de guardarle secretos porque no puede soportarlo! ¡Así que deja de tratarme así!*, le reprochó aquella tarde antes de salir abrumado azotando la puerta.

Tal vez tenía razón, no estaba soportándolo. Sabía que hacía muchos años su hijo había dejado de verlo como su héroe, ahora, Franco simplemente quería no acabar como él, no por su enfermedad, sino porque se había dedicado a trabajar día y noche sin disfrutar lo suficiente la vida.

¡José!—el grito de su esposa lo sacó de su trance— *¡Ponte a comer, se te está enfriando el desayuno!*, le reprochó Sara mientras él la miraba, como si buscara en sus ojos a aquella mujer de la que se había enamorado veinte años atrás —cuando su primer matrimonio había fracasado—. La había conocido

* Estudiante de décimo semestre en la Facultad de Derecho de la UNAM, realizó el servicio social en la Subsecretaría General de Acuerdos de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN). Ha desarrollado la escritura literaria por tres años y el canto de música popular por siete años.



en el cumpleaños de un amigo en común y desde que los presentaron, los ojos de Sara mantuvieron cautivado a José mientras le escuchaba relatar su matrimonio fallido cuyo fruto eran dos hijas y un costoso divorcio. *Al menos tenemos algo en común* –confesó José–. Poco tiempo después ya vivían juntos y se reconstruyeron el uno al otro. Él la consentía invitándola a comer, viendo películas e inclusive pasando noches enteras disfrutando del mariachi en Garibaldi. Ella por su parte disfrutaba de mirarlo como niño pequeño, acariciándole la cabeza, cocinándole, haciéndolo reír.

José apartó la mirada de Sara y la regresó a su café para darle un sorbo. El café estaba frío y amargo, al igual que la relación de ambos los últimos años. Se preguntaba en qué momento dejaron de mirarse reflejados en los ojos enamorados del otro. Se escuchaban, platicaban, pero, ya no le generaba lo mismo, ya no soñaba despierto con un futuro juntos. *No tengo hambre*, dijo sin dirigirle a Sara la mirada, tomando sus llaves y saliendo a caminar sin rumbo. Estaba abrumado, se sentía culpable; no quería herirla confesándole que hacía tiempo solo fingía sentirse enamorado y ahora la veía como una amiga nada más, estaba seguro que por esa misma razón había fracasado su primer matrimonio. Lo que más le atormentaba es que ella, seguramente ya se había dado cuenta, sufriendo en silencio la pena de perder un amor que fue suyo, sintiendo quizás que era su culpa. *Y así es como dos infelices comparten su vida mintiéndose a la cara*, musitó sollozando en la banca de un parque.

Cultura, literatura y arte

En ese momento los dolores del cáncer volvieron a hacerse presentes y empezó a retorcerse en silencio, mientras sus ojos asustados miraban al cielo. *Sara... mis hijos... mi vida, ¿pero que hice con mi vida?*—se cuestionaba sintiendo que era su inminente final—. *¡Por favor, reloj de Dios nuestro señor!, ¡detente!..., ¡dame una oportunidad más... sólo una!*, suplicó cerrando fuertemente sus ojos y corriéndole la adrenalina por el cuerpo. Sorpresivamente los dolores se detuvieron inmediatamente y su respiración agitada comenzó a retomar su ritmo natural. *No sé si fue suerte o la señal que estaba esperando, pero... ¡Gracias, reloj!*

- Sarita, tienes una hora para estar lista —dijo José entrando con una rosa—.
- ¿Por qué tan romántico, a dónde vamos? —preguntó Sara extrañada—.
- A Garibaldi, mi vida. Así que ponte guapa porque vamos a cenar en el Amor Eterno. Ya sabes que la tinga de ese lugar es una delicia y el mariachi ni se diga.

De alguna manera había reencontrado el valor para decir “Te amo”, para hacerla reír, e incluso para pedirle al mariachi permiso de pararse en una tarima para dedicar *El reloj* a su esposa. Casi nunca cantaba, pero se defendía bien, algo había aprendido. Conforme avanzaba la canción sentía un ligero nudo en la garganta resignificando el poema de Roberto Cantoral, temiendo no despertar mañana, no poder reencontrarse con esos ojos negros al amanecer, no poder volver a darle un beso de buenos días. “¡Reloj, detén tu camino, porque mi vida se apaga!”, entonó en una súplica genuina al tiempo inexorable para enmendar sus errores. Sarita lo veía cautivada recargando la cabeza en su mano mientras rodaban un par de lágrimas de sus ojos, nunca le habían cantado. Una vez concluida la canción recuperó el aliento mientras la adrenalina le recorría el cuerpo y cuando regresó a la mesa lo recibió un tierno beso. Quizás la vida se le iba, pero el alma le estaba regresando al cuerpo.

La particularidad de ese restaurante era que había espacio suficiente en el centro para bailar de presentarse la ocasión, y se presentó. José aún conservaba el toque para marcar vigorosamente las vueltas al ritmo de una bue-



na cumbia, y para ser tierno mientras bailaba abrazado a su esposa al ritmo de un bolero. En ese momento logró vislumbrar su reflejo en los dilatados ojos de Sarita y soltó una ligera risa de alegría mientras se limpiaba una lágrima que había escapado de sus ojos, la única. *Aún puedo ser romántico... mi mamá estaría orgullosa*, pensó esbozando una sonrisa en su memoria.

A la mañana siguiente se presentó de sorpresa en casa de su hijo con una bolsa llena de pan para sus nietos, un par de raquetas de bádminton y un gallito para jugar. Franco lo acomodó en la sala un tanto extrañado del comportamiento de su padre, pero prefirió no hacer preguntas, tenía muchas cosas en la cabeza.

- Los niños ya casi se van a la escuela, si quieres te puedes quedar a ver *Netflix* para que puedas jugar con ellos en la tarde.
- No vine a jugar con mis nietos... —en ese momento Franco quedó confundido mirando a su padre a los ojos—, vine a jugar con mi hijo.
- ¡Ay, papá! Que ocurrente eres, como si no tuviera que ir a trabajar —bromeó con una sonrisa, esperando el remate del chiste, pero José le sostuvo firmemente la mirada—. ¿Estás hablando en serio?
- ¿Qué tiene? Mariana puede llevar a los niños a la escuela y puedes faltar un día al despacho —el semblante de Franco cambió abruptamente—.

Cultura, literatura y arte

- Mira, papá. No quiero ser grosero, pero no puedo. Estoy redactando un amparo para mi jefe y no puedo posponerlo. Ya sabes como se pone ese loco.
- Franco... —suspiró abrumado—, yo sé que fui un pésimo padre...
- No, no, no, ¿cómo crees? Todo lo que tengo se los debo a mamá y a ti...
- Déjame acabar —respiró nuevamente—. Te alimenté, te vestí, te pagué la carrera, pero nunca estuve ahí realmente. Llegaba tan cansado del trabajo que nunca me molesté siquiera en preguntarte cómo te fue... Fines de semana, días festivos, cumpleaños, todo era trabajo, trabajo, trabajo y al final, cuando me jubilaron con una porquería de pensión, el único que se acordó de todas esas horas extras que me quedé... fuiste tú... ¡No sabes cómo me parte el alma, Franco! —sin poder contener las lágrimas se recargó en el hombro de su hijo—.
- Hiciste lo que pudiste, papá. No te sientas culpable, a todos nos pasa.
- ¡Claro que me siento culpable, me estoy muriendo! —exclamó molesto y se apartó de su hijo—. ¡Precisamente estoy aquí para que no te pase a ti...! —Acarició con su mano la cara de su hijo—. Estoy aquí, para todo lo que aún puedo hacer por ti.

Franco se quitó su máscara de hombre fuerte y abrazó entre lágrimas a su padre, quien con palmadas lo fue calmando.

- Shhh, ya, ya, no llores. ¿Listo para ir a jugar, mi niño? —preguntó sonriendo mientras levantaba una de las raquetas—.

El gallito volaba de un lado a otro dentro de la cancha imaginaria que dibujaron en el parque. Los dos eran malos jugadores, qué digo malos, pésimos, ni en el peor de los mundiales de fútbol se había visto tan lamentable partido, pero no importaba, nada más que ellos dos importaba en ese momento. *¿Ya te cansaste, viejito?*, –preguntaba Franco de manera burlona cada que anotaba un punto–, *Viejita tu madre, que todavía vive*, –respondía José– con una risa maliciosa mientras realizaba otro saque. Brincos, gritos y risas inundaron su día mientras José vislumbraba a ratos a aquel niño pequeño que lo estuvo esperando para jugar tantos años, en ese momento se quedó inmóvil, contemplando entre lágrimas todo lo que se había perdido y abrazando a su hijo. Finalmente miró al cielo, sonrió y remató el día con un ligero susurro.

¡Gracias, reloj!

